

puede ser más sutil que un asesinato»

«Tengo el orgullo de haber formado parte de una clase política que ha guiado la transformación de Italia en uno de los socios del "G-7" y es uno de los socios de mayor peso en la Unión Europea»



«Me parece exagerada la limitación del mandato, pero entiendo que se deba evitar una profesionalización del juego político. Dicho esto, creo que una cierta profesionalización política siempre cuenta»

PSI, la DC tuvo una pequeña disminución de votos en Palermo, pero en el conjunto de Sicilia los aumentó. No se puede decir que los mafiosos tengan una influencia política. Ni se puede decir que la Sicilia sea la mafia, me parece ofensivo para lo sicilianos.

ABC: ¿Su libro «De prima re publica» es un balance, una justificación o un inventario de su actividad política a lo largo de cincuenta y seis años?

G. A.: Mi libro traduce una preocupación personal por el hecho de que muchos de los nuevos políticos saben poco o nada de lo que hicimos nosotros en el pasado. Hay una tendencia a cancelar todo lo que significa «viejo sistema» o «viejo régimen», lo que permite a los políticos de hoy pueden decir que «nosotros somos estupendos y nuestros predecesores no hicieron más que barbaridades».

El desafío comunista

He reconstruido cómo ha nacido la vida democrática en Italia, cómo se han desarrollado sus etapas principales, sea en la política exterior como en la interna. Por ejemplo, los que hemos vivido entre 1945 y 1948 el gran desafío del comunismo contra las democracias, tenemos muy claro lo que sucedió en aquella época. Pero hoy, incluso en muchos libros, se dice que si hubiera ganado el comunismo en Italia, habría sido distinto que en Hungría y en Checoslovaquia. Esto no es verdad, y me parece también ofensiva para los comunistas checoslovacos o húngaros, porque parece que hubieran querido estar a los pies de Stalin, y no lo creo.

ABC: Senador Andreotti, si volviera a empezar, ¿elegiría otra vez la carrera política o se dedicaría a otro menester?

G. A.: Es una pregunta que me hago a menudo, y que también se hace mi mujer, pero es una pregunta inútil. En la vida uno muchas veces se ve impulsado más por las circunstancias que por las decisiones personales. Pero, a pesar de la calumniosa situación que desde hace cuatro años vengo afrontando, la política me ha dado grandes satisfacciones. Tengo también el orgullo de haber formado parte de una clase política que ha guiado la transformación de Italia, un país que antes de la guerra tenía un nivel de consumo igual al de las naciones que hoy llamamos subdesarrolladas, pero que hoy perte-

nece al G-7 y es uno de los socios de mayor peso en la Unión Europea. Y esto no todos nos lo reconocen.

ABC: Pero es también un país lleno de grandes contrastes, con problemas siempre pendientes y nunca resueltos, como la criminalidad, la corrupción, la pobreza del Sur...

G. A.: Italia tiene esta serie de problemas

«Si un defecto podía achacársenos (a la DC) es el no haber entendido que una sociedad que crecía tan rápidamente tenía necesidad de una base moral más fuerte»

justamente porque ha crecido rápidamente, y es verdad que si un defecto podría achacársenos es el no haber entendido que una sociedad que crecía tan rápido a nivel económico, en calidad de vida, tenía necesidad de construir este progreso sobre una base moral más fuerte. Considero que la crítica de Pier Paolo Pasolini a la DC, acusándonos de materialistas y recordándonos que «*non in solo pane vivit homo*», fue válida. Aquello merecía una reflexión que no hicimos entonces porque lo consideramos un mero ataque político.

ABC: ¿Resulta más fácil o más difícil tener fortuna política con un sistema que ha procurado en medio siglo la cifra de cincuenta y cuatro Gobiernos?

G. A.: Pero ha sido una inestabilidad sólo aparente. Hasta la crisis de la Unión Soviética era imposible asegurar una alternancia en el Gobierno, porque habría sido inconcebible tener durante cinco años un Gobierno filoaatlántico, luego otros cinco años un Gobierno filosoviético, y después un Gobierno no alienado. Así es que el campo de la gobernabilidad estaba limitado a un grupo de partidos en torno a la Democracia Cristiana. Los cambios políticos que se producían eran de personas y de coaliciones, de cinco, de tres o de dos partidos, pero era siempre un tipo de coalición que consentía una cierta estabilidad. Nunca ha habido un vacío de poder.

ABC: ¿Qué es lo que más le pesa aún de todas las decisiones que ha debido tomar desde el Poder?

G. A.: Mire, no quiero aparecer como uno de esos que no han cometido nunca errores, porque sería estúpido y además imposible. Pero yo diría que no hay puntos en los que deba decir «aquí me equivoqué» o «aquí debí hacer lo contrario». Incluso en los momentos más dramáticos, como el del asesinato de Aldo Moro por las Brigadas Rojas, seguimos el camino del respeto de la ley, en la necesidad de que la vida democrática no fuera puesta en discusión.

ABC: No me resisto a preguntarle si aún cree que el Poder desgasta al que no lo tiene.

Poder e influencia

G. A.: Mire, yo el Poder no lo concibo como un cargo público, como un mandato político. El Poder lo entiendo en términos de influencia sobre la opinión pública. Indro Montanelli, por ejemplo, tiene más poder que un ministro. Bajo esta perspectiva, pienso que el poder no desgasta si uno sabe comunicar con la gente. Naturalmente, si se contempla el poder como ejercicio de un mandato, como un cargo público, si que puede desgastar, incluso interiormente. Puede que en este caso el ejercicio del poder acabe siendo repetitivo. Aunque los problemas nunca son los mismos, se adquiere cierta profesionalidad que puede restar cierto calor a la propia actividad.

ABC: Es usted partidario, entonces de la limitación del tiempo de mandato...

G. A.: Pienso que yo soy el único en el mundo que no podría responder a esto. A mí me parece exagerada la limitación del mandato, pero también puedo entender que se deba evitar una profesionalización del juego político. Dicho esto, me parece que una cierta profesionalidad política siempre cuenta, porque hoy estamos asistiendo precisamente a una gran falta de preparación para la vida pública, e incluso del gusto de hacer política.

Andreotti ha acabado deslizándose hacia abajo en su sillón, hasta acabar casi escondido por las carpetas y libros que invaden el escritorio. Tiene prisa por algo, y repite varias veces «bene, bene...», para indicar que hasta aquí hemos llegado. Se levanta para despedirme, y me lleva rápidamente a la puerta. «Bene, bene...».